
MASCARA AUTOBIOGRAFICA Y CONCIENCIA CRIOLLA EN "INFORTUNIOS DE ALONSO RAMIREZ"

Author(s): Mabel Moraña

Source: *Dispositio*, 1990, Vol. 15, No. 40 (1990), pp. 107-117

Published by: Center for Latin American and Caribbean Studies, University of Michigan, Ann Arbor

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/41491390>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to
Dispositio

JSTOR

MASCARA AUTOBIOGRAFICA Y CONCIENCIA CRIOLLA
EN *INFORTUNIOS DE ALONSO RAMIREZ*

Mabel Moraña
University of Southern California

I.

Los múltiples estudios críticos dedicados hasta ahora a *Infornios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora, han verificado ya exhaustivamente la inocultable filiación de ese texto con los modelos provistos por la picaresca española, los relatos de viajes y las crónicas y relaciones de la Conquista.¹ Otros han enfocado, a su vez, aspectos relacionados con la historicidad de ese texto, o se han referido al “sentido de la existencia” que encierra el relato de aventuras y desventuras del anti-héroe puertorriqueño.² Casi todos han hecho alusión a un aspecto que llama la atención en la factura estructural y compositiva de esa narración, situada en los albores de la novelística mexicana. Me refiero a la particular utilización del yo narrativo, que retuerce y extrema las posibilidades del “pacto autobiográfico”.³ En efecto, en el texto de Sigüenza y Góngora, el narrador se apropia de la historia de Alonso Ramírez, la re-produce como si fuera suya, en primera persona, adoptando la máscara de un ficticio protagonismo que se entrelaza con su función de organizador y “escribiente” de un relato ajeno. La dedicatoria de Sigüenza y Góngora al Conde de Galve, así como las palabras de autorización del censor, Licenciado D. Francisco de Ayerra Santa María, desdoblan la titularidad de la historia al exponer como vertientes discursivas diferenciadas, por un lado el relato oral de Alonso y por otro la autoría escrita, omnisciente y pseudoautobiográfica de Sigüenza y Góngora, el cual reconoce que la historia se ofrece “en

nombre de quien me dio el asunto para escribirla”.⁴ Lo mismo se reafirma al final del relato, cuando el propio personaje se refiere al autor por su nombre, verificando lo que éste mismo adelantara al presentar su texto: que “Cerró Alonso Ramírez en México el círculo de [sus] trabajos” y que una vez en la capital de la Nueva España y por indicación del mismo Virrey, sometió su historia a la pluma del escritor mexicano. Este compone como “relación” la historia de la “peregrinación lastimosa” de Alonso consagrándola literariamente en un género híbrido en el que se confunden historicidad y ficcionalidad.⁵ La torsión final en este juego de vasos comunicantes se produce cuando Sigüenza y Góngora pone en boca de su personaje un reclamo dirigido al virrey acerca de la remuneración por los trabajos que el sabio mexicano efectuaba en su calidad de cosmógrafo y matemático en la Academia Mexicana y como capellán mayor del Hospital Real del Amor de Dios, en la ciudad de México. Si Sigüenza y Góngora se había apropiado del relato de su personaje superponiéndose a él en una narración en primera persona transformando su historia en literatura, ahora es su personaje el que alude a Sigüenza en tercera persona, metiéndolo dentro de la ficción.

La crítica ha apuntado a esta red de relaciones discursivas sobre la cual se construye el texto de los *Infortunios*, relevándola como un procedimiento centrado en la titularidad de la voz narrativa, a través del cual el texto puede “exteriorizar o dramatizar su propia producción: producción que aparece como un constante proceso de construcción y desconstrucción que trasciende la conciencia individual del autor y amenaza el status de ese yo comprometido con la escritura” (González Echevarría 30).⁶

Más allá de estas valoraciones, que pueden servir para mostrar la funcionalidad de esos procedimientos narrativos en el interior del texto, considero que la utilización del yo (autorial/narrativo/protagónico/pseudo-autobiográfico) tiene en el texto de Sigüenza y Góngora una importancia ideológica que nos remite a la dinámica social novohispana y que apunta a la constitución de lo que puede ya llamarse, a esta altura del siglo XVII, el discurso criollo.

La narración de los *Infortunios*, cuyo texto se constituye, como veremos, a través de un proceso de institucionalización que parte de la oralidad y atraviesa distintas instancias hasta formalizarse a través de las formas canónicas, pertenece a una etapa de pugna social en la Nueva España, que se revela en muchos de los textos literarios del período. En efecto, en las últimas décadas del siglo, los sectores criollos activados por la dinámica económico-política del virreinato, comienzan a elaborar discursivamente formas de identidad y reivindicación, diferenciándose como sector social.⁷ Estas formas emergentes de conciencia social van encontrando paulatinamente sus modos de expresión redimensionando recursos existentes y sobre todo alterando la funcionalidad de una retórica que existía como celebración y legitimación de la hegemonía imperial.

La postulación del yo en función protagónica en *Infortunios de Alonso Ramírez* es la instancia a partir de la cual la esfera privada se colectiviza, propiciando la socialización de la experiencia individual del personaje.

En esta etapa de surgimiento de la conciencia criolla, el discurso de identidad generado por ese sector social se manifiesta como el reconocimiento de una marginalidad múltiple que se revela como exógena o periférica en relación a los sectores beneficiados por la estructura de poder. Esta articulación que vincula niveles estructurales o compositivos—en este caso la constitución del yo narrativo—con la dinámica social en el período de “estabilización virreinal” ha sido insuficientemente estudiada por la crítica. Es, sin embargo, uno de los niveles a través de los cuales se define el discurso crítico, deconstructor y reivindicativo de la intelectualidad virreinal, que actualiza los modelos canónicos y los reinventa al utilizarlos en la inauguración de un discurso cultural original, producido por un sector social definitorio en la etapa protonacional del Nuevo Mundo.

II.

En *Infortunios de Alonso Ramírez* la múltiple funcionalidad del yo, apegado sólo en primera instancia a la convención picaresca, se dispara hacia la representación de una marginalidad arraigada en diversos niveles que convergen en la peripecia de Alonso, presentada así como una circunstancialidad paradigmática.⁸ En primer lugar, el tránsito, aventuras y expectativas del personaje se desenvuelven en un medio geográfico periférico con respecto a los centros del poder metropolitano, fuera, por lo tanto, de las áreas de mayor influencia y control imperial. Puerto Rico, lugar de nacimiento de Alonso Ramírez, hijo de un andaluz y una nativa de la isla, es marginal no sólo en su calidad de territorio colonizado, sino además en su carácter de zona dependiente del centro virreinal de la Nueva España. La subordinación política, administrativa y comercial de la isla con respecto a la ciudad de México reproduce la estructura de dependencia imperial en el espacio marginal del Nuevo Mundo, y la “peregrinación lastimosa” de Alonso dramatiza el costo social de ese sistema de dominación. En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, la situación de Alonso representa también su marginación económica dentro de la sociedad estratificada de la época. Esta situación se muestra como directamente derivada de la situación de la isla, que debido a factores diversos (falta de mano de obra, huracanes devastadores) ha tornado en pobreza la legendaria riqueza originaria de Borinquen. Refiriéndose al deterioro económico de la isla recuerda Alonso que:

Entre los que ésta [la pobreza] había tomado muy a su cargo fueron mis padres, y así era fuerza que hubiera sido porque no lo merecían sus procederes; pero ya es pensión de las Indias el que así sea.(8)

Esa valoración del factor socio-económico de la pobreza en ambos niveles (el personal/familiar y el generalizado a la totalidad del mundo colonial

americano) señala los extremos que definen la dialéctica social en que se enmarca la peripezia de Alonso, extremos que éste vincula a lo largo de su historia.

La pobreza sitúa a Alonso en una zona excéntrica de la sociedad novohispana. Ese desplazamiento y los sentimientos que éste genera (frustración, extrañamiento, ansiedad) permiten la actualización del móvil picaresco del medro como intento por lograr el ascenso interclase a través de un oportunismo que elude o fracasa con respecto a las formas de productividad e integración social tradicionales.⁹

Un tercer nivel de marginalidad surge en la narración cuando se cuentan las penurias sufridas al caer Alonso en manos de piratas ingleses. Estas instancias no solamente muestran al personaje expulsado del medio cultural hispánico sino que además lo sitúan al margen de la ley, al involucrarlo en acciones vandálicas de todo tipo ejecutadas por los corsarios. Entre ellos sufre Alonso degradación moral y religiosa, no solamente por verse sujeto a costumbres y códigos éticos de gentiles, sino por las experiencias-límite de canibalismo, hurto, incendios y violaciones que se ve obligado a presenciar y de las cuales se hace en cierta medida cómplice obligado. Esas vivencias lo empujan cada vez más al margen de un sistema social con el cual lejanamente—teóricamente—se identifica. Ley, moral, familia, religión, patria, ascenso social e integración cultural, aparecen entonces como los pilares en torno a los cuales se organizan las expectativas de Alonso, representando un programa social cuya realización parece casi utópica para el personaje.

Estos principios configuran, sin embargo, el horizonte ideológico de la época, y es en base a ellos que se constituye el discurso de legitimación en que se apoya la dominación imperial. La experiencia de Alonso en un ámbito marcado por la ausencia de esos principios es representada como una sucesión de desgracias (sufre aguaceros devastadores, tormentas, accidentes con pólvora, enfermedades), es decir como un vacío diabólico (“pensábamos que [el navío] se abría y nos tragaba el abismo”).

Esa ruptura del equilibrio que sobreviene en su tránsito por espacios marginales aparece como una violación de la legalidad interiorizada en los individuos como una especie de orden connatural, cuya transgresión ocasiona el castigo, a partir de una causalidad en la que se funden el nivel social, moral y religioso. Ese es también el caso de Miguel, el sevillano que ocasiona a Alonso tantas desgracias. Habiendo transgredido su condición natural de cristiano y súbdito integrado a la sociedad española, aquel no sólo ha caído en el abismo personal sino que puede inclusive irradiar desgracias:

No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de la vida en que peligrásemos, que no viniese por su mano y dirección, haciendo gala de mostrarse impio y abandonando lo católico en que nació por vivir pirata y morir hereje.
(24–25)

Pero la mayor prueba de su desviación consiste en su capacidad de asimilarse a otro sistema de valores, es decir reconocer como propio otro centro distinto al representado por los principios político-religiosos del imperio español.¹⁰ Refiriéndose a Miguel indica Alonso que

Acompañaba a los ingleses, y esto era para mí y para los míos lo más sensible, cuando se ponían de fiesta, que eran las Pascuas de Navidad y los domingos del año, leyendo o rezando lo que ellos en sus propios libros. (25)

Un último nivel de marginalidad está representado en el relato por la situación de auto-exilio del protagonista, que se impone a sí mismo “hurta el cuerpo a mi misma patria para buscar en las ajenas más conveniencia” y luego, una vez en México, relegarse al área más lejana de las Filipinas.

Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no sólo acusado sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas. (10)

La idea del destierro autoaplicado como castigo a la improductividad, la conceptualización de ésta como un delito y, finalmente, la metaforización de la conciencia como tribunal, son excelente ejemplo del grado de compenetración en las bases ideológicas del sistema con que Sigüenza y Góngora dota a su personaje. Moviendo los hilos de su marioneta, el escritor mexicano dramatiza la dualidad ideológica del criollo. Por un lado, promueve el respeto y aceptación de los principios básicos del orden virreinal (integración, productividad, ejemplaridad de la conducta, dinámica virtud/ delito, castigo/ recompensa). Por otro lado, demuestra cómo en la praxis esa integración es imposible, ya que el espacio virreinal, especialmente en sus áreas periféricas, está ganado por el vicio, la herejía y la improductividad. Finalmente, es interesante el uso de la retórica forense, que representa a un yo en control total de la situación discursiva, asumiendo las partes de juez, fiscal y acusado, y planteando aspectos prácticos de la vida del personaje en términos de ética y legalidad jurídica.¹¹

Este autoexilio, es decir la pérdida voluntaria y constante de la territorialidad en tanto “patria” (término profusamente usado por Sigüenza y Góngora en muchos otros escritos) tiene directas repercusiones en la identidad social e individual del personaje. En Alonso el motivo del viaje se manifiesta como una pérdida gradual de realidad, un proceso de enajenación e impostura que lo involucra en las prácticas sangrientas de los corsarios haciéndolo pasar por uno de ellos, navegar bajo bandera falsa, mentir para sobrevivir, dejarse regir por códigos ajenos que repugnan a lo que en el texto se identifica como los principios de la moral cristiana. Esta existencia azarosa, de fingimientos e incertidumbre, que se desenvuelve en espacios marcados por el signo de la alteridad religiosa,

económica, lingüística, cultural tiene un doble efecto a nivel ideológico-discursivo. Por un lado metaforiza la difícil búsqueda de la identidad a través del apego a principios que no tienen su contraparte en prácticas sociales integradoras. Por el contrario, esos principios se mantienen como un repertorio formal de ideales y creencias sobreimpuestos como parte del sistema hegemónico de dominación imperial. Por otro lado, la peripecia y el tránsito constante de Alonso sirven al objetivo de deconstrucción de la sociedad virreinal.¹² El relato de Alonso exhibe las lacras, peligros y contradicciones de la sociedad de la época, vista no desde la perspectiva de los sectores privilegiados de la nobleza indiana o la aristocracia criolla, asentadas en los grandes centros urbanos de la Colonia, sino mostrada desde los ojos de un súbdito desposeído del Imperio arrojado a los límites mismos de la degradación y la violencia. Pero esta visión está a su vez elaborada desde la perspectiva sofisticada y erudita del sabio mexicano Sigüenza y Góngora, que coincide con las quejas y reclamos de Alonso en su calidad de criollo que pugna por el reconocimiento social y económico. El “yo” que éste elabora para canalizar el relato de Alonso, es un “nosotros” ideológico, afirmación pronominal de un sector social con conciencia de sí, afirmado en la práctica de la reivindicación social. Esa primera persona (singular o plural) se define, a su vez, en relación al “otro”, a la jerarquía social, económica y administrativa impuesta como parte del proyecto hegemónico, y a la presencia concreta del peninsular, entronizado en las altas esferas de poder de la Nueva España y representado en la figura del Virrey, receptor marcado en el interior del texto.

Identidad y alteridad son instancias interdeterminantes del conocimiento socializado, aplicado al sujeto social y a la realidad comunitaria en la que éste se encuentra. Por eso su planteamiento remite siempre a las condiciones objetivas que dan lugar a las diversas formas de conciencia social, en un lugar y un tiempo determinados. Por eso también esas instancias de la autodefinition social e individual tienen siempre un carácter representativo, paradigmático: la problemática individual es la punta del iceberg que sugiere una totalidad mayor menos visible, la del sector social al cual ese individuo pertenece por su extracción de clase o con el cual se identifica ideológicamente.

III.

Alonso Ramírez representa no sólo al criollo desposeído, de nivel más popular, en un medio social hostil y peligroso. El texto de los *Infortunios* dramatiza la apropiación que hace Sigüenza y Góngora de las peripecias lastimosas de un individuo de baja ralea, la formalización de su historia según los lineamientos generales de la picaresca, y la postulación de esa historia como discurso criollo, es decir, como discurso de la marginalidad virreinal. Esa marginalidad se representa a través de las formas de conciencia social que corresponden al horizonte ideológico de la época, y apelando a los modelos expresivos entregados por la cultura dominante.

El relato de la “peregrinación lastimosa” de Alonso canaliza sus quejas, sus intentos de “solicitar lástimas” y su denuncia del ámbito colonial como espacio periférico, inmoral, asolado. Pero en ese nivel de la denuncia y la reivindicación vehiculizadas a través de la voz narrativa/protagónica/seudo-autobiográfica que habla en primera persona, se expresa al mismo tiempo el reclamo de Sigüenza y Góngora, letrado criollo mucho más cercano que Alonso a los centros del poder virreinal, y cuyo grado de conciencia social se sitúa en la etapa fundacional del nacionalismo mexicano.¹³ El yo funciona así como base para la representación de diversas formas de marginalidad que generan un discurso reivindicativo que se eleva a través del texto de los *Infortunios* hasta la figura del Virrey. Es la palestra común en la que convergen los intereses de criollos situados en distintos estratos de la pirámide social del virreinato o que se ubican—para usar otra metáfora espacial—en círculos concéntricos más o menos distanciados del núcleo del poder. Los reclamos que se canalizan a través de ese yo son diversos, en la medida en que son diferentes los modos de inserción en la sociedad novohispana. Para Alonso la pluma de Sigüenza es el instrumento de denuncia y divulgación de su desamparo, y la canalización de su reclamo de ayuda económica como inicio de alguna forma de integración social. Para Sigüenza y Góngora la voz narrativa de Alonso Ramírez es el vehículo para expresar su disconformidad por la mala remuneración a su trabajo y como exaltación de sus méritos. Ambas son formas del inconformismo criollo, en distintos niveles.¹⁴ Pero también entre ellos se repite la relación de subalternidad que es el signo del sistema de dominación imperante. Alonso debe a Sigüenza y Góngora la consagración de su historia a través de la literatura, que sella así un proceso de elaboración discursiva que atraviesa diversas instancias en el plano de la oralidad antes de lograr su formalización por la escritura. Este paso de la experiencia a la ficción es un proceso de institucionalización cuyo resultado es la fijación del texto como literatura. Este proceso sublima la pérdida de la espontaneidad testimonialista de las versiones orales en el recurso de la pseudo-autobiografía, es decir en el resorte formal del yo narrador/protagonista.

Las sucesivas versiones orales que da Alonso de su historia (ante el cura, el alcalde, el encomendero, ante escribano, ante el sargento de Mérida, ante la gente, en general, que se interesa por su historia, ante el Virrey y ante el propio Sigüenza) cumplen también una multiplicidad de funciones sociales: “solicitar lástimas”, recibir favores, rendir cuentas legales, abogar por su vida, medrar, entretener. La culminación de esta sucesión de versiones y objetivos es la que Sigüenza y Góngora ofrece al lector con su texto, fijado de una vez para siempre, a partir de la última versión oral de Alonso de que tenemos noticia. Esta es quizá también la forma final de alienación que se registra en la parte conocida de la vida de Alonso. Si toda su vida estuvo marcada por el signo de la victimización y por su destino de recibir sobre sí desgracias y acciones ajenas que debe padecer sin tener casi nunca el control en sus manos, la estructuración de esta versión final de su relato dada en el texto de Sigüenza y Góngora, es la metáfora más acabada de su enajenada condición social. Su propio relato es asumido por un yo narrativo

que le es concedido como una gracia más por Sigüenza y Góngora, escribiente del relato, escamoteando su titularidad de narrador oral y reconvirtiéndola en versión narrativa, fijada en la escritura bajo las formas consagradas de la “alta literatura”, sujeta a los modelos canónicos testimonialistas y picarescos.

Esta reconversión, que implica selección fáctica, elaboración lingüística y compositiva por parte del autor-organizador del relato, es una forma de la alteridad impuesta al personaje en el interior del texto. Sigüenza y Góngora lo somete así a la paradoja de fijar su identidad ficticia escamoteando su identidad discursiva arraigada en el circunstancialismo y en la oralidad. Pero enajenación y paradoja son casi un leitmotiv en la vida de Alonso. Este pierde su patria y su matrimonio, desconoce el área geográfica en se mueve, vive perdido y a merced de peligros y eventualidades, haciendo conjeturas constantes sobre la realidad que lo rodea, adoptando máscaras, actitudes, personalidades que no le corresponden por naturaleza. Buscando un espacio de prosperidad pierde su patria pasando más hambre y miserias que en su propia tierra, buscando la libertad se hace esclavo, queriendo superarse se degrada. Aunque la carga irónica y moralizante del texto sea mucho menor que la de, por ejemplo, el *Guzmán de Alfarache*, obra con la cual se suele emparentar el texto mexicano, no por eso la obra de Sigüenza y Góngora podría considerarse apenas “como una amable figuración barroca, un entretenimiento gentil para la corte virreinal” (A. González 203 n.32). El texto desmonta la sociedad novohispana y, más aún, los principios de legitimación de la España imperial, llamando la atención sobre sus contradicciones intrínsecas. Pero sobre todo inaugura, a través de la manipulación narrativa, un yo crítico y reivindicativo que se va pluralizando impulsado por la dinámica social de la Nueva España. La peripecia anti-heroica de Alonso Ramírez destruye la utopía de la Conquista y el ideal del imperio como cuerpo unificado y próspero, y la sustituye por la visión realista, desacralizadora del criollo que no se reconoce a sí mismo en la praxis decadente de la dominación imperial ni se siente reconocido por un sistema elitista, represivo, excluyente.

IV.

Al final del relato Alonso parece encontrarse a sí mismo en el seno de la ciudad virreinal, es atendido por el Virrey, consagrada su historia a través del texto que la fija como peripecia real y paradigmática, recibe favores y promesas de recuperar lo perdido. Parece que es absorbido por el sistema al cual logra finalmente penetrar en alguna medida, parodiando la recompensa de héroes arquetípicos que después de su descenso a los infiernos, sus pruebas sucesivas y sus luchas contra fuerzas sobrenaturales, son recuperados por su comunidad y reabsorbidos en un ritual de purificación que termina celebrando los valores dominantes. De alguna manera, esta insinuada integración de Alonso parece perpetuar en sus lineamientos fundamentales los principios que forman el discurso de legitimación imperial. Moral, buenas costumbres, “religión

verdadera”, sometimiento al poder establecido, son también, todavía, principios que integran el discurso criollo. Sólo que ese discurso se revela en muchos momentos como un conjunto de fórmulas vacías, sin correlato real, que se invocan para sellar la adhesión al sistema, la participación en los principios, mitos y proyectos dominantes. Pero sólo mientras se van elaborando planes alternativos, tendientes a cubrir otras expectativas alentadas por el sector criollo, y a instalar otro régimen de privilegios.

En correspondencia con esa realidad de la Colonia, en *Infortunios de Alonso Ramírez* la primera persona narrativa, pseudo-autobiográfica, transmite la tensión ideológica de la sociedad novohispana. El yo es el punto de partida para la construcción del ser social, aunque esté provisto de formas apenas incipientes o alienadas de conciencia social. Es un receptáculo que debe ser llenado de contenido ideológico, que se define en relación con la alteridad y a partir de condiciones reales de existencia individual y colectiva. En este sentido, es también el punto de partida para la estructuración del discurso criollo y la primera etapa en el proceso de construcción del sujeto social hispanoamericano.

NOTAS

¹ Véanse, en este sentido, los trabajos de Leonard y Rojas Garcidueñas. Más recientemente, J. Greer Johnson estudia, por ejemplo, la relación entre el texto de Sigüenza y Góngora y *Gúzman de Alfarache*, de Mateo Alemán. Aníbal González se refiere también a las “vertientes textuales” de los *Infortunios* aunque su estudio se dedica más bien a situar la historicidad/ficcionalidad del relato. En los casos en que se detectan desviaciones con respecto a los modelos españoles, especialmente el formalizado por la novela picaresca, se habla de una “picaresca a la inversa” (Castagnino) o de una “transgresión de la picaresca” (Chang-Rodríguez), quedando entonces en evidencia la tensión existente entre las formalizaciones literarias provistas por la tradición metropolitana y su actualización modificada en la producción virreinal.

² Me refiero principalmente a trabajos como el ya citado de Aníbal González, o los de Serafín González y Alan Soons, más vinculados a aspectos conceptuales.

³ La expresión, que retoman casi todos los trabajos posteriores sobre ese punto, corresponde a Philippe Lejeune en su conocido estudio sobre el tema de la autobiografía.

⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora. *Infortunios de Alonso Ramírez* en: *Seis Obras* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984), prólogo de Irving A. Leonard. Edición y notas de William G. Bryant. De aquí en adelante cito por esta edición.

⁵ En este sentido, es importante retener la idea de que discurso histórico y discurso literario (ficticio) no reconocían hacia fines del siglo XVII los mismos límites conceptuales ni se atenían a modos expositivos diferenciados tal como sucede hoy en día, en que se siguen los lineamientos de la historiografía del siglo XIX. Ambas formas discursivas tenían un mismo origen epistemológico, razón por la cual aparecen a nuestros ojos como un discurso híbrido, cuya facticidad y verosimilitud se nos hacen particularmente problemáticos.

⁶ El argumento que González Echevarría aplica a textos como la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de Fray Ramón Pané, las *Cartas de Relación* de Cortés, los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso y los propios *Infortunios* de Sigüenza y Góngora es retomado también por Chang-Rodríguez en su estudio de la obra del polígrafo mexicano, indicando que a través de este recurso evidenciado claramente en el antepenúltimo párrafo de los *Infortunios* “el autor cobra vida en

su escritura, salta al texto, empuja a Alonso y a la vez es uno con su protagonista cuando establece reclamos propios. La vida que Alonso insinuó al virrey “en compendio breve” se complica y ensancha cuando Sigüenza y Góngora la cuenta violando el proceso de la escritura para difundirla y difundirse más allá del discurso”(95).

⁷ Sobre la situación socio-cultural del criollo en el siglo XVII puede verse Céspedes del Castillo 283-308. Hernández Sánchez-Barba se refiere, a su vez, al “inconformismo intelectual criollo” en su estudio de la cultura de la sociedad barroca india. Para una introducción a la articulación del emergente discurso criollo y los paradigmas provistos por el barroco véase Moraña. En el caso concreto de Sigüenza y Góngora, se han hecho algunos avances para el estudio de su obra en relación con la cuestión criolla o enfocándola como antecedente del Iluminismo (Sibirski, Chang-Rodríguez).

⁸ Navarro se refiere al nivel de los sentimientos en los *Infortunios*, a los que describe como una “crónica menor de calamidades sin trascendencia histórica” y “primer ejemplo también para la literatura de América del héroe patético que, como dice Anderson Imbert, no sabe que ya no vive en una época de hegemonía marítima española”. Según Navarro, esta insistencia “en registrar sentimientos menores: el desaliento, la desorientación, el miedo”, recuerdan a la novela sentimental, por el uso de un “lenguaje densamente afectivo que anuncia el estilo tierno y lacrimoso de la sensibilidad filantrópica de un siglo después”. En este caso, la crítica de Navarro prefiere una interpretación *avant-la-lettre* del texto de Sigüenza, sin inscribir el texto y sus recursos narrativos en el contexto de la expresividad novohispana y su particular problemática social.

⁹ Aníbal González es uno de los críticos que estudia el problema del yo en *Infortunios de Alonso Ramírez*, pero vinculándolo al modelo picaresco, apoyándose en buena parte en Claudio Guillén. Desde otra posición, Beatriz González S., en su excelente estudio sobre los *Infortunios* indica de qué modo “el sistema de enunciaciones enmarcadas (...) revela en el plano de las ideologías una fisura dentro de la clase dominante, es decir, un distanciamiento crítico de ciertos sectores que, por un lado, no gozaban del poder político y tenían el poder económico, y, por otro, observaban un descontento general que podía ser históricamente aprovechable en beneficio de sus intereses” (44).

¹⁰ Es en este mismo sentido que Alan Soons se refiere al barco pirata como un microcosmos que funciona de acuerdo a sus propias leyes pero fuera de la moral. Así, según este autor, el relato de Alonso se presenta como un sermón que condena las desviaciones de la ortodoxia entre los ingleses. Tomando la idea del conocido libro de Paul Hazard, Soons interpreta los *Infortunios* como expresión de dos concepciones del mundo dentro del ámbito europeo, es decir como documento de la “crisis de la conciencia europea”. La concepción hispanoamericana o, más precisamente, la concepción criolla, no es considerada por el crítico como una perspectiva diferenciada, siguiendo la típica dirección de la crítica eurocentrista.

¹¹ Para el caso de la picaresca, González Echevarría ha indicado la vinculación entre “relación” y “escrito legal”. A. González retoma esta idea en el caso específico de los *Infortunios*. El procedimiento no es privativo de Sigüenza y Góngora. La retórica forense aparece muy integrada en el discurso epistolar de Sor Juana Inés de la Cruz, tal como demuestra Perelmutter Pérez con respecto a la “Carta Respuesta a Sor Filotea de la Cruz” y mi propio trabajo dedicado a la “Carta de Monterrey” de la monja mexicana.

¹² En su trabajo sobre “Narrativa de la estabilización colonial”, Beatriz González indica cómo en *Infortunios de Alonso Ramírez* se plantea el desfasaje entre la sociedad virreinal y su representación imaginaria, dejando así al descubierto las contradicciones del sistema de dominación imperante.

¹³ El mexicanismo de Sigüenza y Góngora ha sido mencionado por diversos críticos, como por ejemplo Leonard, Corbató, Iglesia, Sibirski, y casi todos los críticos actuales lo reconocen como un hecho. Pocos se han abocado, sin embargo, al estudio de los procedimientos discursivos de Sigüenza en relación con esa articulación sociocultural del autor en la dinámica novohispana.

¹⁴ Véase Hernández-Sánchez Barba, quien se refiere al tema en el apartado de su *América Hispánica* que titula justamente “El inconformismo criollo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Anderson Imbert, Enrique. 1965. *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Buenos Aires.
- Castagnino, Raúl H. 1971. "Carlos de Sigüenza y Góngora o la picaresca a la inversa". *Escritores hispanoamericanos desde otros ángulos de simpatía*. Buenos Aires: Ed. Nova. 91-101.
- Céspedes del Castillo, Guillermo. 1983. *América Hispánica (1492-1898)*. Vol. IV de *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara. Barcelona: Labor S.A.
- Corbató, Hermenegildo. 1943. "La Emergencia de la Idea de Nacionalidad en el México Colonial". *Revista Iberoamericana* VI.12: 377-92.
- Chang-Rodríguez, Raquel. 1974. "Apuntes sobre sociedad y literatura hispanoamericanas en el siglo XVII". *Cuadernos Americanos* 4: 131-44.
- González, Aníbal. 1983. "Los Infortunios de Alonso Ramírez: picaresca e historia". *Hispanic Review* 51: 189-204.
- González, Serafin. 1980. "El sentido de la existencia en *Los Infortunios de Alonso Ramírez*". *Anuario de Letras* 28: 223-43.
- González Echeverría, Roberto. 1976. "José Arrom, autor de la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* (picaresca e historia)". *Relecturas: estudios de literatura cubana*. Caracas: Monte Avila, n. pág.
- González S., Beatriz. 1987. "Narrativa de la estabilización colonial". *Ideologies and Literatures* II.1: 7-52.
- Guillén, Claudio. 1971. "Towards a Definition of the Picaresque Genre". *Literature as System: Essays Towards the Theory of Literary History*. Ed. Claudio Guillén. Princeton: Princeton U P.
- Hazard, Paul. 1935. *La crise de la conscience européenne. 1680-1715*. París: Boivin.
- Hernández Sánchez-Barba, Mario. 1981. *Historia de América*. Madrid: Ed. Alhambra. I.
- Iglesia, Ramón. 1944. "La mexicanidad de Don Carlos de Sigüenza y Góngora". *El hombre Colón y otros ensayos*. México: El Colegio de México. 119-141.
- Johnson, Julie Greer. 1981. "Picaresque Elements in Carlos Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*". *Hispania* 64.1: 60-67.
- Lejeune, Philippe. 1973. "Le pacte autobiographique". *Poétique* 14: n. pág.
- Leonard, Irving. 1974. *La época barroca en el México colonial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Moraña, Mabel. 1988. "Barroco y conciencia criolla en Hispanoamérica". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 28: 229-51.
- . 1990. "Orden dogmático y marginalidad en la 'Carta de Monterrey' de Sor Juana Inés de la Cruz". *Hispanic Review* 58: 205-25.
- Navarro, Joaquina. 1976. "Algunos rasgos de la prosa de Carlos de Sigüenza y Góngora". *Homenaje a Andres Buarque*. Jaime Alazraki et al. Clear Creek: American Hispanist. 243-49.
- Perelmutter Pérez, Rosa. 1983. "La estructura retórica de la *Respuesta a Sor Filotea*". *Hispanic Review* 51: 147-58.
- Rojas Garcidueñas, José. 1964. "Sor Juana Inés de la Cruz y Don Carlos de Sigüenza y Góngora". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 33: 51-65.
- Sibirski, Raúl. 1965. "Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). La transición hacia el Iluminismo criollo en una figura excepcional". *Revista Iberoamericana* 31.60: 195-207.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. 1984. *Seis obras*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Soons, Alan. 1976. "Alonso Ramírez in an enchanted and disenchanted world". *Bulletin of Hispanic Studies* 53: 201-05.